tiro. ¿Tú sabes las cosas que se dice Gertrudis a sí misma cuando se mira al espejo y se ve con su delantal y su cofia de crespón blanco? Estoy por decirte que, para mí, a Gertrudis, la mujer que más le gusta es la misma Gertrudis.

—Pero, Luz de mi alma, se te ha olvidado lo principal. ¿Por qué había de ser mañana por la mañana el momento señalado para revelarme la verdad de todo lo ocurrido?

Luz se preparó a dar «la gran noticia». Y con una contracción de los labios que podría interpretarse como recurso para velar su emoción, dijo:

—Hijo mío..., porque mañana por la mañana regresamos todas a San Sebastián.

... ...

Gerardín, sinceramente apesadumbrado, se fué a su alcoba y empezó a hacer el baúl. El divino sueño había durado muy poco... Motivo sobrado para dar a aquella separación el tono emocionado de las despedidas sentimentales.

Pero se miró al espejo y contempló sus profundas ojeras, y la manera alarmante como se le iba afilando la nariz, y el color demacrado de la tez...

Un poquito de filosofía no está mal de vez en cuando, y el lindo almeriense exclamó, como en el final de cualquier comedia amerengada de Linares Rivas:

—¡Más vale así!...

FIN



LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 | MADRID



Conocí a Emma en circunstancias bastante extraordinarias. Fué en el entierro de la pobre Ignacia, una de las mejores clientes de mi casa

Emma, que por lo visto tenía cierta amistad con la difunta. había acudido a casa de ésta al conocer la triste noticia. Y allí coincidimos.

Charlando de banalidades las cinco o seis mujeres que allí nos reunimos, Emma destacábase por su circunspección, no exenta de cierta picardía, que delataba claramente que aquella mujer podría contarme cosas asaz sabrosas, que podrían servirme una vez más para una novelita.

Su conversar, su simpatía, su discreta elegancia me interesaron, además.

Y me hice la remolona para despedirme de casa de la difunta al propio tiempo que Emma y decir a ésta en la escalera:

—Es usted una mujer muy agradable, Emma. Y tan buena impresión me ha causado usted, que, si acepta, podríamos tomar el té juntas en Casa de Molinero o en cualquier otro lugar más de su agrado.

Emma no interpretó honradamente mis palabras, por cuanto se limitó a sonreír un tanto desdeñosamente y a decir:

—Me parece que usted se equivoca conmigo, señorita.

Yo me eché a reír francamente. Y contesté:

—Es al revés. La equivocada es usted. No es por ahí. Créame. Mis palabras son sinceras, honradas, y no encierran invitación amorosa alguna. Ni para ahora ni para nunca. Me fué usted simpática, opino que debe usted tener una interesante historia, y me gustaría oírla de sus propios labios. Eso es todo.

Mis palabras contundentes desvanecieron toda sospecha en Emma, que dijo:

—Perdóneme. Pero he visto tanto en este mundo, que...

—Por eso mismo es por lo que yo quisiera que usted me contase algo de sus aventuras. Lo menos indiscreto.

—Se lo merece usted. Y así he de hacerlo. Aun cuando no sea más que en castigo por la falta que he cometido suponiendo en usted lo que no es. Vamos donde usted guste.

Y poco después, ante sendas tacitas de té y una bandejita con pastas, Emma me contaba sus aventuras.

Ahí van, condimentadas lo mejor posible, lector...





E casé a los veinte años. Mi marido, que se llamaba Ramón, era abogado y obtenía pingües ganancias con su bufete.

Ramón se hallaba grandemente enamorado de mí; pero su carácter sombrío y poco jovial, debido quizá a lo que los franceses llaman *surmenage,* le hacían poco asequible.

Yo hice cuanto pude en los dos primeros años de nuestro matrimonio por cambiar su carácter, por dulcificarle, por que mi amor hacia el hombre a quien consagrara mi vida creciese; pero, lejos de esto, la hosquedad de Ramón se fué haciendo cada vez más densa y, lo peor de todo, mis fuerzas decayeron en mi empresa de jovializar a mi marído, decayendo, al propio tiempo, mi amor hacia él...

Y lo que forzosamente tenía que ocurrir, ocurrió. El adulterio...

He aquí cómo se produjo:

A casa venía cotidianamente, como pasante de mi marido, un muchacho de veinticuatro años, llamado Mauricio, que era el antetipo de Ramón. Jovial y dicharachero, Mauricio, unía a esto una belleza masculina y una simpatía verdaderamente irresistibles.

... Y he quí que Mauricio se enamoró de mí.

Primero fué un amor tímido, callado, que tardó en hacer explosión bastante tiempo. Un día, al fin...

Nos hallábamos solos en el despacho de Ramón.

Mauricio trabajaba y yo hacía costura.

El, de cuando en cuando, me echaba unas discretas ojeadas, en las que había, sin duda, muchas cosas que decir y en las que yo no veía nada

De pronto, yo no sé cómo, en un torpe movimiento, la aguja tropezó en uno de mis dedos, hincándose en él y produciéndome un dolor tan vivo que me hizo lanzar un grito.

Mauricio, asustado, se puso vivamente en pie y se me aproximó solícito, diciéndome:

—¿Qué le sucede a usted, señora?

—Nada—contesté—. Que me he pinchado.

—¡Ah!

Y luego de una breve pausa:

—¿Y se ha hecho usted mucho daño?

—Psch...



No acerté a disculparme.

Del dedo herido brotó sangre. Una, dos, tres gotas.

Mauricio se apoderó de mi mano en un brusco arrebato, y llevándose a la boca el dedo del que brotaba la sangre, pidió, lleno de una profunda emoción:

—¡Déjeme usted! ¡Déjeme usted!

Tan rápido fuera todo esto, que apenas si yo tuve tiempo para protestar.

Cuando ya Mauricio hubo aspirado la sangre que brotaba de mi dedo, fué cuando yo pude decir:

—Pero ¿qué hace usted? ¿Está usted loco?

El exclamó vehemente:

—¡Sí! ¡Estoy loco! ¡Loco por usted!

Y ya, desatado, comenzó a besarme la mano toda y hasta intentó estrecharme en un gran abrazo.

Huí.

Fué todo lo que se me ocurrió.

Y nada dije a Ramón.

¿Por qué? Tal vez porque comenzaba a amar a Mauricio.

Desde aquel día fatal estuve perdida.

Mi alma se apartó completamente de mi esposo y voló junto a Mauricio. Mi cuerpo cesó de vibrar en el abrazo conyugal para no tener más aspiración que la de pertenecer a aquel muchacho alegre, que me seguía sonriendo, que dándose cuenta de que, de no haber ya descargado la nube, no había peligro alguno, creció en audacia.

Y una tarde en que de nuevo nos hallábamos solos en casa y frente a frente, sucedió lo inevitable.

Leía yo, retrepada en un butacón, mientras Mauricio escribía.

De repente éste se detuvo en su trabajo, y mirándome sonriente, me dijo:

—Tenga usted cuidado. No se vaya usted a pinchar con la aguja como el otro día.

Tal audacia me dejó un tanto confusa; pero, reponiéndome inmediatamente, le repliqué:

—¡Oh! No tenga usted cuidado. De todos modos, no he de necesitar de su auxilio.

El rió. Y aproximándoseme, me dijo calino:

—Pues... Sería una lástima. Con lo que me gustaría serle útil en algo...

Y como yo callase, llena de rubor, él insistió:

—Debiera usted oírme, Emma.

—¿Oírle qué?

—Lo que tengo que decirla.

—Diga.

—¡Que la quiero a usted con toda mi alma!

Y diciendo esto, se abrazó a mí y comenzó a besarme locamente.

No tuve fuerza para resistir. Sin contestar a sus caricias, corrían por mi cuerpo, en escalofrío, las suyas, anestesiadoras, entregándome a él sin remedio.

Murmuré débilmente:

—Déjeme usted, Mauricio.

Pero él se echó a mis pies, implorante...

—Dígame usted que me quiere, Emma. ¡Tenga piedad de mí! ¡Si supiera cuánto he sufrido adorándola en silencio!...

Sonreí dulcemente...

Entonces se abrazó a mis piernas y comenzó a besar en la parte superior de mis pantorrillas, que se hallaban al descubierto.

Hundió una mano audaz.

Cerré los ojos...

Sentí de improviso una oleada de placer, en la que mi ser se sumergió deliciosamente...

—¿Serás mía?

—Sí...—murmuré perdidamente.

—¿Ahora?

—Cuando tú quieras.

—¿Vamos a tu alcoba?

—Vamos.

Echamos a andar, ebrios de lujuria.

La alcoba, hasta entonces casta.

Instantes después nos amábamos locamente.



Y así muchas tardes. Tardes de lujuria desenfrenada, de locura de amor, en mi propio lecho, mientras mi esposo andaba con sus negocios o con sus amigos. Tanto llegamos a confiarnos, que llegó al fin lo que era de esperar.

Era ya bien entrada la primavera. Una tarde de calor.

Mauricio y yo nos habíamos desposeído por completo de nuestros vestidos. Y echados sobre el lecho, reposábamos de la ardiente batalla voluptuosa que nos hiciera desfallecer hacía poco.

No hablábamos. Silenciosamente saboreábamos la dicha que acabábamos de experimentar. De pronto, la voz de Mauricio se alzó para decir:

—¡Cuán felices somos! ¿Verdad, Emma?

—Sí...—murmuré.

—¿No te parece que hemos nacido el uno para el otro?

—Más de una vez lo he pensado.

—Yo por nada del mundo he de abandonarte, vida mía.

En aquel instante, como si el Destino quisiera darle la réplica adecuada, oímos un rumor de pasos en la estancia vecina.

Apenas si tuvimos tiempo para incorporarnos en el lecho.

Ramón.

Di un grito de espanto.

Mauricio saltó del lecho y se acoquinó miserablemente en un rincón.

Mi marido extendió hacia mí una mano armada de un revólver.

Una fuerza extraña me impulsó a decir, en una arrogancia que estaba muy lejos de experimentar:

—¡Mátame, sí! ¡Lo merezco!

Esto le desarmó. Rió sardónico y dijo:

—No. No debo matarte. No lo mereces. Ni un minuto de mi libertad vale tu abyecta vida.. Vístete..., ¡y largo! Tu sitio ya no es en esta casa, sino en un prostíbulo.

Y buscando en la mirada a Mauricio:

—En cuanto a ti, miserable traidorzuelo..

Mauricio rompió a llorar cobardemente, e hincándose de rodillas ante mi esposo, clamó:

—¡Perdóneme, don Ramón! Ha sido ella... que me ha vuelto loco.

Ramón se encogió de hombres y escupió hacia el miserable.

Luego dijo:

—¡Vete! Mi desprecio es mi mayor venganza. Vete... ¡con ella! ¡Tal para cual!

Yo grité, protestando:

—¡No! ¡Conmigo, no! ¡Por muy miserable que yo sea, yo no merezco ese... hombre.

Salió Mauricio de la alcoba, apoderándose de su ropa en un gesto medroso.

Yo, sola al fin, pues Ramón fuera a encerrarse en su despacho, comencé a vestirme.

De improviso, mis nervios, no pudiendo resistir más, me abandonaron, y rompí a llorar desconsoladamente, con el cuerpo derrumbado contra el lecho que tan villanamente mancillara.

¿Cuánto tiempo pasé así?

No pocas horas.

De repente sentí, como un latigazo sobre mi alma, sobre mis dormidas energías, la voz irritada de Ramón, que decía:

—¿Piensas pasar aquí el resto de la noche?

Contesté, sin atreverme a mirarle cara a cara:

—No. Ya me voy. Adiós.

El no contestó.

Como un fantasma abandoné las habitaciones de la casa donde conociera una doble felicidad, y salí a la calle...



UÉ hora era? No lo sabía. Tras la conyugal tormenta ¡debieron luego pasar tan de prisa las horas del amor!... Desemboqué en la calle de Alcalá, descendiendo de la calle donde hasta entonces viviera con mi esposo. La amplia avenida madrileña se hallaba silenciosa, casi sin gente. Al llegar frente al Banco de España miré la hora: era la una menos diez.

La gente no había salido aún de los teatros. La calle de Alcalá se hallaba bastante animada. Eché calle arriba, con dirección a la Puerta del Sol, sin precisarme qué era lo que allí me llevaba.

Irresoluta, al llegar a la esquina de la calle de Peligros, me detuve. Comprendí que necesitaba un plan de vida, y, ante todo y sobre todo, encontrar dónde pasar el resto de la noche. No podía ir

errante por las calles de Madrid como una loca... o algo peor.

La luz y la animación del café Colonial me atrajeron como a incauta falena. Y pensé que allí, en aquel ambiente de placer y de alegría, tal vez encontrase mi cerebro una nueva ruta que emprender, mientras una ligera cena me reconfortaba, que ya el hambre y la fatiga comenzaran a invadirme.

Penetré en el establecimiento y busqué un sitio apartado donde instalarme. No lo encontré. La gente que salía de los teatros lo iba invadiendo todo. Había muchas mujeres. Casi todas ellas mostraban con sus *toilettes,* en su desgaire, en esa mácula especial que pone el vicio en sus sacerdotisas, su voluptuosa profesión. Algunas de ellas me contemplaron descaradamente, como preguntándose si yo sería una más o una nueva entre el femenino rebaño del placer.

Iba ya a marcharme, mareada por aquel ambiente, molesta por semejante observación, cuando de pronto, casi junto a la puerta de entrada, una mesa se desocupó. Sin reflexión alguna, en un impulso de mi ser, ávido de alimento y de reposo, me acomodé vivamente junto a la mesa libre.

Poco a poco, mientras el camarero volvía con las vituallas que le encargara, me fuí serenando. Y mi vista se paseó, tranquila y escudriñadora, por el establecimiento.

Lo que más me llamaba la atención era el espectáculo que ofrecían aquellas mujeres de labios pintarrajados y gesto malicioso, que lucían en un lascivo descoco pantorrillas gordezuelas o escuálidas, escotes de un atrevimiento casi pornográfico. En su rostro todo era alegría, optimismo, felicidad, a menos que ello fuese tan falso como el color de sus labios.

Cené con gran apetito. Y, a medida que me restauraba, la doble herida que desgarraba mi alma parecía querer cerrarse. El momento aquel, que además de mitigar en mí el hambre y el cansancio me sumía en un vago baño de bienestar general, era para mi pena y mi hundimiento como algo anestesiador y dulce que, en ramalazos de alivio, me hacían olvidar lo difícil de mi situación.

Ya había acabado de cenar y tomaba despaciosamente el café que me sirvieran, cuando un hombre joven, moreno, de distinguidos modales y aire decidido, que sin duda acechase semejante momento, se acercó a la mesa donde yo me hallaba, y, sonriente y amable, me dijo :

—¿Me permite usted instalarme aquí mientras queda por ahí libre otra mesa?

No me atreví a rechazar la solicitud, hecha lo más finamente del mundo. Y luego, que rápidamente pensé que semejante compañía, a más de no poder comprometerme más de lo que ya estaba, me serviría de distracción, contesté :

—Siéntese, si gusta.

El hombre aquel entonces, sonriente, en vez de sentarse frente a mí, como hubiese sido lo natural y honesto, se acomodó decididamente a mi lado, en el mismo largo y mullido asiento.

—Usted perdone, señorita; pero ya que me concede la merced de sentarme junto a su mesa...

—Se permite usted la libertad de instalarse junto a mí—le dije, interrumpiéndole, con irónica severidad.

Pero la invitadora sonrisa del hombre aquel, lejos de desaparecer bajo el reproche de mis palabras, no se extinguió, sino que, por el contrario, acentuándose, iluminó los primeros balbuceos de un diálogo ya inevitable.

—Así es. Y por ello le pido indulgencia. En sus ojos de misterio, que he contemplado hace poco llenos de pena, no la hay tal vez; pero en su corazón, si escarba usted un poquito. .

En un gesto de sincera amargura le contesté:

—¿En mi corazón? ¡Oh! Ahí muchísimo menos. ¡Bueno está mi corazón para indultar a los hombres!...

—¿Penas de amor?

—¡Oh! Si sólo fuera eso... ¡Penas de amor! Pronto pasan; basta para ahuyentarlas con el mágico remedio de una boca amante...

Involuntariamente, sumergida en el frívolo ambiente que me rodeaba, junto a aquel hombre joven y de irresistible simpatía, rodando por la pen-



Reclinada sobre un lecho de cojines.

diente de un diálogo cortesano, en deliciosa inconsciencia, comencé a caer, a caer...

—¡De una boca amante! ¿No cree usted que mis labios podrían cicatrizar, no ya la más honda pena de amor, sino también la más profunda herida?

Le miré con cierto desdén, por lo pretencioso de su pregunta; él, lejos de intimidarse, cobró nuevos bríos para la amorosa conquista que emprendiera, y dijo:

—¿No lo cree usted? No tiene nada de particular. Somos usted y yo como viajeros de dos trenes opuestos que cambian un saludo en un cruce. ¡Apenas si nuestras manos se han juntado!...

Y, sin dejar de hablar, fijos en mí sus ojos negros y cariciosos, sus manos buscaron las mías, que vanamente intentaron escapar.

—...Pero luego, cuando ocupemos el mismo departamento, cuando nuestra ruta sea la misma, cuando se establezca entre nosotros, en lugar del recelo de ahora, una mutua confianza...

Reí ya, optimista, divertida por el *flirt*, lejana momentáneamente al dolor y al abandono que eran mis tiranos.

—¡Entonces!... ¡Ah, entonces!...

—No se ría usted. ¿O es que cree que nosotros no podemos llegar a hacer el mismo camino y querernos?...

Sus manos soltaron las mías para posarse, acariciadoras y febriles, sobre mis piernas.

—...querernos hasta la locura, en un delirio de besos y de caricias de agonía, en un florecer de sensaciones de gloria, en una exaltación de nuestra carne, de nuestros cuerpos, unidos, muy unidos, tanto que...

A través de mi vestido, la mano pretendió hundirse, acariciar... Y murió en mí toda posible resistencia, todo pudor. ¿Para qué la honestidad hipócrita ya, cuando mi carne, al contacto del hombre, se estremeció una vez más, cuando sólo era ovejita que abandonara el aprisco y que iba por el valle balando débilmente, con miedo a que el lobo llegase? Rota en mi amor, sin hogar, el camino de la prostitución no podía momentáneamente asustarme. Y luego, ¡que se me aparecía con tan lindos colorines, tan florido y perfumado!...

Mi indolencia le enardeció, le animó. Una de sus manos se deslizó a lo largo de mis pantorrillas para ascender seguidamente, por sobre mi rodilla, a viva piel ya. Mis muslos se juntaron en un nervioso impulso de defensa...

—Déjeme, déjeme...

—Nadie nos ve... ¡Oh! Yo sé hacer estas cosas...

La aseveración me escalofrió deliciosamente. Mis labios se entreabrieron en anhelo. La mano acariciadora halló al fin cobijo tibio y dulce...

Busqué en mi bolso, febrilmente, el pañuelo que habría de ahogar el gemido de deleite que ya

corría por mi cuerpo en leves sacudidas que se iban enfervorizando...

Los ojos varoniles no dejaban de posarse en los míos ni un solo instante, espiando el culminante momento del placer. Y cuando éste llegó, desbordante, arrollador, los labios del hombre aquel se entreabrieron para murmurar:

—¿Vamos?

Y salió de mi carne en placer y en angustia voluptuosa la aquiescencia, el grito noble de la carne que anhela ser poseída:

—Vamos...





UERA la reacción, en cuanto me emancipara del falacioso ambiente del Colonial, en cuanto la frialdad de la calle con su cruda semioscuridad llevó a mi espíritu, con la luz de la verdad, la congoja y el dolor.

Aquel hombre que junto a mí caminaba y que de cuando en cuando oprimía mi brazo en dulces presiones de amante o de dueño, ¿quién era?

Las dos y media en el reloj de la Equitativa. ¿Qué hacía yo a semejante hora allí y con tal hombre? ¿Dónde iba?

Todo el horror de mi situación se me apareció de repente. Sin esposo, perdido en unas cuantas horas de derrumbamiento, iba yo en pos del placer.

Sentí ganas de huir; pero la mano varonil parecía sujetarme, y sus leves presiones cariciosas

eran para mí como férreo dogal que hincara en mi brazo hasta el dolor.

Mis ojos se llenaron de lágrimas; de mi pecho intentó alzarse un sollozo; pero entonces la voz de mi acompañante rompió así mi angustioso silencio:

—Mira; si quieres, podemos subir ahí Hay buenos cuartos. ¿No los conoces?

A la inconsciente lujuria, mi voluntad de esclava sólo repuso:

—No...

Subimos una escalera presuntuosamente cubierta con linoleo, deslustrado en su centro por el subir y bajar de los que buscaran en aquella casa mágica Citeres, y nos detuvimos en el primer piso, donde una sonriente jamona nos acogió con la más dulce sonrisa de su vasto repertorio.

—¿Al segundo, señorito Arsenio? ¿Donde siempre?

—Sí...

Una habitación pretenciosamente amueblada, en la que un lecho de madera blanca alzaba su blando lomo, acogedor de todas las lascivias, cómplice de las más extravagantes voluptuosidades, que por él pasaran sin dejar siquiera la huella de los cuerpos...

—¿Te gusta el cuarto?...

Una sonrisa de melancolía fué mi respuesta

—Parece que estás triste. ¿Otra vez te vuelve la murria con que te hallara? ¡Bah! Créeme. En

amor, lo mejor es aplicar el dicho aquel de que la mancha de una mora con otra verde se quita.

Murmuré lejana, y ya junto a los labios que golosamente buscaran los míos:

—Tal vez tienes razón.

E, imitándole, comencé yo también a desnudarme.

Mi desnudez le exaltó.

—¡Qué bonita! ¡Qué bonita!—exclamó en adoración.

Y su boca recorrió besadora mi cuerpo. Al fin, en brusco impulso de su carne soliviantada hasta el paroxismo por el deseo, me echó sobre el lecho e irguióse vehemente sobre mí, aplastándome, en un gesto loco de salvaje posesión.

Y fué entonces, en el momento en que mi carne, abierta por la sensualidad, se aprestaba al goce voluptuoso, cuando se alzó en mi imaginación el cuadro terrible de mi desnudez ante el esposo traicionado, que me escupía en oleadas de asco y de desprecio. De nuevo, como fríos puñales que uno a uno se hundieran en mi carne pecadora, paralizando mis sensaciones, la posibilidad de goce, las palabras interrogadoras que llevaban en su germen la execración y el merecido insulto, resonaron en mis oídos.

Toda voluptuosidad se hizo en mí imposible. El rítmico mecer de mi cuerpo se amortiguó, presto a detenerse por completo. Pero la voz del hombre cuyos brazos me estrechaban con nervioso impul-

so, cuya boca me besaba en besos de fiebre, sacudió mi desfallecimiento como a una bestia rendida por la fatiga a la que la tralla del carretero hace aligerar el paso.

—¿Pero qué te pasa? ¿Por qué te detienes? ¡Sigue!... ¡Sigue!...

Y seguí...

Cuando, tras un largo y reparador sueño, me desperté en aquel lecho, me encontré sola.

Fué un brutal despertar. Desde el primer instante me di clara cuenta de lo horrible de mi situación.

No lloré, empero. ¡Tal vez a nadie habrían de convencer mis lágrimas!

Sobre la mesilla de noche había un billete de veinticinco pesetas.

Comprendí. Era el precio de mi *trabajo*.

—¿Me indicaba aquello mi nuevo camino?

Una gran amargura me apretaba la garganta, como si la mano vengadora de Ramón intentase estrangularme.

Me levanté del lecho prostibulario de repente, en un impulso de asco que me hizo exhalar un grito ahogado. ¡Creí que su tibieza y su blandura estaban hechas de fango, en el que me hundía, me hundía!...

LLEGUÉ a ser la más exquisita de las cortesanas madrileñas, hermosa mujer, linda muñeca sin corazón.

De la época floreciente de mi vida galante, pues, es la siguiente aventura, en la que estuve a punto de perecer, y por lo cual este episodio se destaca de entre los demás de mi existencia.

Tenía numerosos amigos que, quién más, quién menos, creía poseer mi corazón. Los había viejos y jóvenes, aun cuando en el plan de amistad mis preferencias iban por los primeros..., por muchísimas razones que no son del caso examinar, y que, por tanto, son fáciles de comprender.

Así, don Silverio Mayoral, un sesentón de lo más simpático que se ha visto por el mundo, era para mí santo tan de mi devoción, que todas mis penas, todas mis alegrías y aun mis asuntos finan-

cieros pasaban por su consejo. Y siempre hallaba en el bueno de don Silverio un razonamiento certero o un consuelo eficaz.

El me decía:

—Yo no quiero, Emma, sino un poquitín de cariño por tu parte. Un poquitín de cariño y otro poquitín de...

No acababa su frase con palabras, sino de un modo gráfico, contundente, que no dejaba lugar a confusiones.

Pero, a pesar de esto, el pobre don Silverio se conformaba con bien poco, aun cuando yo le ofrecía toda la fruta de mi frutero.

Y él se quedaba tan contento, tan ufano, como si verdaderamente hubiese hecho una hombrada, lamentándose conmigo:

—¡Oh! ¡Qué diferente eres tú de mi mujer! Ella no me da nada, absolutamente nada. Dice que yo ya estoy muerto para el amor y que lo mejor es que la deje en paz. ¡Y si supieras! ¡Tengo unas ganas de mi propia mujer!...

La esposa de don Silverio era joven aún, pues apenas si cumpliera cuarenta años. Bella, frescachona, desenvuelta, se casara con mi buen amigo por remendar su fortuna, asaz agujereada, sin dejar por esto de coquetear con quien la venía en ganas.

Yo la tenía rabia, pues consideraba que el pobre hombre, si acaso merecía los aditamentos que su señora esposa le ponía, tenía al menos derecho

a unas cuantas migajas del festín voluptuoso con que su mujer regalaba vaya usted a saber a qué sinvergüenza.

Un día don Silverio vino a mi casa desconsoladísimo y, estrechándome tiernamente entre sus brazos, me dijo, casi con lágrimas en los ojos:

—¡Lo sé ya todo, Emma de mi alma! ¡Lo sé ya todo!

—¿Qué sabes, hombre de Dios, qué sabes?—le pregunté, temiéndome de antemano lo que iba a contarme.

—¡Sé quién es el amante de mi mujer!

—¡Ah!

—Sí. Y sé más aún: sé que ella le quiere con toda su alma y que por él sería capaz de todo. ¡Qué amor más grande! ¡Quién hubiese podido imaginarlo!

—Cuéntame, hombre; cuéntame. ¿Qué te ha sucedido?

—¡Oh! ¡Ha sido tan terrible la cosa!... Verás. Salía yo ayer tarde de Spiedum, cuando, ¡zás!, mi vista tropieza con mi mujer que iba hacia Carretas. «¿Dónde irá ésta por aquí?», me dije. Y, no pudiendo resistir a la tentación de seguirla, eché tras ella. ¿Dónde dirás que fué a parar, Emma? Adivina.

—¡Qué sé yo!—dije.

—¡A casa de la Gloria, en la calle de San Marcos!

—¡Atiza!

—Sí, hijita, sí; allí se zambulló resueltamente, sin titubeo alguno, como una de tantas. Esperé una hora, dos, no sé cuánto. Quería saber más, más. Quería saber quién era él.

—¿Y lo conseguiste?

—Sí.

—¿Y...?

—Los dejé marchar. No tuve fuerzas ni nervios para otra cosa. ¡Qué quieres! Estaba como aplanado, vencido, sin alientos; en un estado de postración tal, del que yo mismo me asombrara. Luego, en casa...

—Una escenita con tu mujer, ¡claro!

—¡Y qué escena! No temió mis golpes, ni aun la misma muerte. Me gritó una y otra vez que le quería y que le quería. ¡Y que la matase antes de renunciar a tal amor, que era su vida misma! ¿Qué hacer? Lloré como un chiquillo, vencido, sin saber qué resolución tomar, si matarla ¡o qué sé yo!

Entre mis brazos, el pobre don Silverio estalló en ahogados sollozos, que me conmovieron profundamente.

Le dije de improviso:

—Es preciso vengarte, viejito. Eso no puede quedar así. Tú sabes quién es ese hombre, ¿verdad?

—Sí. Ella misma me lo ha declarado. Es el menor de los hijos del conde Volpone.

—¡Ah! Sí. Le conozco. Sé quién es. ¡Si precisamente en cierta ocasión!... Pues bien, gatito; la suerte te protege; vas a poder devolver a tu mujer el mal rato que te ha hecho pasar.

—¿Qué pretendes, Emma?

—Nada. Vengarte. Ya verás.

Y no quise darle más explicaciones.

Como yo sabía dónde solía concurrir el menor de los hijos del conde Volpone, allí me encaminé durante unas cuantas noches, hasta lograr llamar la atención del amante de la mujer de don Silverio. Comencé su conquista pacientemente, con objeto de no escamarle, y a los pocos días caía él a mis pies rendidamente. Cuando le consideré completamente mío, avisé a don Silverio y le dije:

—Corderito, ha llegado la ocasión. Esta tarde, a las cinco en punto, procura estar con tu mujer a la puerta de la casa de Gloria, la de la calle de San Marcos.

—Pero...

—Nada, lo que te digo. La llevas allí con cualquier pretexto.

Esperando curar a su mujer de semejante amor, don Silverio se plegó a mi plan. Y a las cinco en punto, cuando yo llegué en auto, acompañada de Fernando, el menor de los hijos del conde Volpone, un coche parado a la puerta de la casa de Gloria, en la calle de San Marcos, me denunció que mi plan marchaba maravillosamente.

Tomamos Fernando y yo una habitación. El parecía prendado de mí grandemente. Me confesó,

mientras nos desnudábamos, sus amores con la mujer de don Silverio.

—¡Es una rubia colosal, chica! Un poco sosa, es verdad; pero tiene el aliciente de que es para mí la más fiel de las mujeres.

Y riendo cínicamente:

—¡Ni a su marido siquiera! Te lo puedo jurar.

—Te creo, hombre, te creo.

En la cama ya, empezó a acariciarme deleitosamente. Y yo, picada en mi amor propio:

—¿Serías capaz de dejar a esa mujer por mí, Fernando?

—¡Oh! ¡Ya lo creo! Pero tú no serás castiza para quererme.

—¿Por qué no? ¿Quieres que hagamos un ensayo general?

—¡Oh, Emma!

Le besé, dispuesta a enloquecerle, con besos de verdadera pasión. Le acaricié con ese arte que mi profesión de mujer galante me enseñara. Y él se retorcía de delicia, murmurando:

—¡Rica! ¡Rica! ¡Eres incomparable! ¡Tú y sólo tú!

—¿Abandonarás a esa mujer?

—¡Te lo juro, vida mía!

Nos amamos frenética, verdaderamente, sin ficción por mi parte, prisionera en mi propia red, y luego, además, porque el muchacho aquel me gustaba, y también como en revancha, como si quisie-



Le hice pasar una noche inolvidable.

ra vengarme de ese modo de la infame esposa de mi pobre amigo.

—¡Amor mío! ¡Amor mío!—gemía Fernando.

Y yo ahogaba mis sollozos de dicha contra su pecho, desbordante de voluptuosidad.

Nos amamos nuevamente, como si quisiésemos agotar todas las escalas del placer, y otra vez proclamé mi dicha, unida a la de Fernando, en quejas ahogadas, que él procuraba acallar entre sus labios, convencido plenamente de que no eran fingidas.

Y el tiempo pasaba así, pasaba...

¿Dos horas quizá?

Tal vez tres.

Dije a Fernando:

—¿No te parece que ya va siendo hora de que nos vistamos y nos larguemos de aquí para reparar en cualquier parte nuestras fuerzas?

—¡Oh! ¡Yo me pasaría aquí contigo toda la vida!

—Ya tendrás tiempo, hombre.

Comenzamos a vestirnos. Y, a pesar de nuestra hartura, nuestras bocas se buscaban de cuando en cuando, como si quisiéramos encender nuevamente en nuestra sangre la voluptuosidad de que poco antes éramos esclavos.

Salimos al fin.

Apenas empujara Fernando la mampara, en el portal, mis ojos tropezaron con el coche de don Silverio, lo que me causó gran sorpresa, pues

creía que no había razón que justificara tan larga espera.

Y en seguida, apenas cruzada por mi imaginación reflexión semejante, ocurrió la cosa inaudita. La portezuela del coche se abrió bruscamente y la figura airada de la mujer de don Silverio surgió con un revólver en la mano derecha.

La cosa fué rápida y brutal. El brazo armado se alargó hacia mí, y dos detonaciones sonaron.

Desmayada, que no herida, caí al suelo. El instinto me hizo agachar la cabeza. Y luego, la loca aquella apuntara demasiado alto...

La suerte hizo lo demás.

Y fué el epílogo estupendo de todo aquello que don Silverio se reconcilió con su mujer, la cual, a partir de aquel lance, comenzó a amar a su marido.

Así, el pobre me decía agradecidísimo y emocionado, siempre que se encontraba conmigo:

—¡A ti te debo mi felicidad, Emma!





No sé por qué los hombres nunca me han escaseado. He tenido cuantos he deseado, y jamás, cuando yo me he propuesto una conquista, me ha fallado el el tiro. Sólo una vez...

Voy a contarlo detalladamente, porque creo que merece la pena...

Era uno de esos días de principios de agosto en que no quedamos en Madrid sino los desdichados que no tenemos dos pesetas y hemos de ganarlas luchando contra el peligro de la asfixia.

El día había sido calurosísimo en extremo, y la noche se presentaba con hálitos de fragua.

Iba yo lo más ligera de ropa posible, y mis pantorrillas se lucían hasta el comienzo de los muslos, y mis senos bocetaban claramente su redondez bajo el levísimo tul que los cubría, y la parte posterior de mi cuerpo era un bullente pro-

montorio de tan rotundos contornos, que atraía la curiosidad general.

Salí de casa, luego de anochecido, no sabiendo dónde dirigirme. Era jueves. Pensé en que la Banda Municipal tocaba en Rosales, y, luego de tomar café tranquilamente en un bar del centro de Madrid, me dirigí al respiradero de la corte, por ver si allí, verdaderamente, era posible respirar aquella noche.

Como llegué temprano, fácil me fué encontrar un buen sitio en una silla próxima al quiosco de la música.

Por el momento me encontré rodeada de sillas vacías, y no me preocupé de otra cosa sino de disfrutar de la relativamente agradable temperatura que allí, en efecto, reinaba.

Siempre he creído que a las aventuras o, especificando mejor, al hombre, no hay que buscarle. El viene solo, cuando menos se le espera, como falena atraída por el resplandor de un foco.

Por el momento estaba sola. Ya surgiría el hombre, si así las cosas estaban dispuestas donde residen los hilillos que mueven a la Humanidad. Y si sólo el sosiego, el fresco y unas cuantas piezas de música era lo que iba yo a hallar aquella noche, ¡qué se le iba a hacer!

Los primeros ocupantes de las sillas que a mi alrededor se hallaban era, que no sé quién ha denominado, gente municipal y espesa.

—Vaya—me dije—, esto se pone como para

estar en una reunión familiar..., sin pollos pera a la vista.

Pero no bien hube acabado de hacerme esta reflexión cuando mi posible conquista apareció a a la vista. Era un hombre de unos treinta años, atildado, moreno, esbelto, de destocada cabellera, como ya es de ritual.

Avanzó hacia mí, echó una mirada a su alrededor y decididamente se colocó a mi derecha, dirigiéndome, al tomar asiento, una sonrisa de salutación que me hizo exclamar para mis adentros:

—Este es mi hombre.

La gente fué afluyendo, las sillas todas se ocuparon, y el maestro Villa, rodeado de sus músicos, empuñó la batuta, dispuesto a deleitar al numeroso auditorio que, ante la decidida actitud del director de la Banda Municipal madrileña, fué cesando en sus rumores.

Y a todo esto, mi vecino parecía ajeno a mí. Ni una mirada, ni la más leve insinuación, ni el más débil interés hacia mi persona.

Hasta que el concierto comenzó.

Entonces...

Entonces mi vecino comenzó a dar «señales de vida». Primeramente me echó una ojeada. Y dándose cuenta de que yo estaba por lo menos tan atenta a él como al concierto, acercó a mí su pierna derecha hasta rozar mi rodilla, que yo no esquivé.

Un momento de quietud, y después, con una audacia segura del éxito, mi vecino posó negligen-

temente una mano sobre mis muslos, que luego oprimió insinuante, dulcemente.

Le miré, esperando que, a consecuencia de semejante intrusión, la sonrisa brotase entre los dos y seguidamente el diálogo. Pero el hombre aquel parecía ajeno a mí. Contemplaba fijamente a los músicos y parecía completamente absorto en el concierto.

Yo no he sido nunca partidaria de lascivos contactos precursores del divino momento. En primer lugar, porque tengo horror a los prematuros sofocones, y luego, porque considero que en ellos se diluyen las energías, que están mejor empleadas para después. Pero como en aquella ocasión yo no veía otro camino que ese para la conquista de aquel hombre, obstinado en no mirarme, dejé que las cosas siguieran adelante.

Y sucedió que, en vista de mi sumisión, mi vecino continuó sus eróticos manejos.

Corrió muslos abajo con una destreza que no tuve más remedio que admirar, y luego, en cuanto su mano hallara mis pantorrillas, libres del vestido, contorneándolas en una suave presión, ascendió, ascendió...

Como contestando al lascivo conjuro, mis muslos se entreabrieron...

Mariposeó, se hundió la mano, se detuvo buceadora.

Con la mirada fija en los músicos, mi audaz vecino parecía saborear las exquisitas dulzuras del *Septimino,* de Beethoven.

Disimulaba bien. Y yo le imité, dejándole enredarse en su acariciar, que poco a poco fué enardeciéndome, produciéndome esa dejadez, esa desasosiego característico en semejantes escarceos.

Y de repente, cuando creyó falsamente en la explosión del placer en mí, engañado por las nerviosas sacudidas que me acometieron, haciéndome suspirar, volvió su mano a deslizarse por entre mis piernas, a surgir hasta apoderarse de mi brazo derecho, que impulsó en un gesto tan significativo que me hizo sonreír...

Obedecí al impulso, y a mi vez acaricié...

Fuera más certera que él, sin duda, por cuanto la estatua hipócrita que aquel hombre componía se conmovió... Sus ojos se cerraron, el cuerpo se estremeció deleitosamente. La señal indudable de que el placer de amor había florecido fué para mí rotunda...

¿Qué más podía suceder entre aquel hombre y yo para que ya las palabras unieran nuestro espíritu y fuésemos derechos hacia el mercenario convenio?...

El *Septimino* moría entre oleadas de aplausos. El rumor de la gente en seguida...

—Precioso. ¿No le parece a usted?...

Lo dijo volviendo rápidamente la vista hacia mí, en una sonrisa natural, cortesana, simpática, cir-

cunspecta, *como si nada hubiese pasado entre nosotros*.

—¡Oh, sí! Verdaderamente. Este Beethoven...

Y comenzamos a hablar de arte. Yo no sabía sino generalidades. Pero él parecía poseer una gran cultura musical.

Procuré desviar la conversación hacia lo que acababa de suceder, hacia lo que me importaba que sucediera. Pero él, con una habilidad que me desconcertaba, se escurría, se escurría.

En cuanto comenzó la segunda parte del concierto, ya no fué posible que cruzáramos una palabra más. Pareció absorberse en la labor armónica de los músicos, limitándose respecto a mí a que, entre mis muslos, una de sus manos reposara, negligentemente inofensiva.

Acabé por exasperarme.

—¡Este pollo pera se las trae! Es un fresco. Pero a fresco, fresca y media... Ahora verá él.

Esperé a la terminación del concierto. En cuanto este momento llegó, mi hombre se alzó del asiento, y con la más fina de las sonrisas quiso despedirse de mí, diciéndome:

—Señorita..., ¡buenas noches!

Pero yo, mirándole fijamente, cón un desgaire lo más chulapón del mundo, le dije:

—Oye: pero... ¿no vamos?

—¿Dónde, mi reina?

—¿Dónde va a ser, alma mía? A terminar lo que hemos dejado tan incompleto.

—Pero ¿es que tú no has...? Porque yo, chica, ¡la mar!

Y rió ahora con una risa canalla, con una risa que me hirió como jamás burla alguna me hiriera, con una risa que parecía llamarme tonta, tonta y tonta.

Le volví violentamente la espalda. Y me dije, recriminándome:

—Te lo tienes bien merecido, Emma, por idiota.

Y desde aquella memorable noche, ¡que me vengan a mí con eróticas marrullerías!...





UISITA, una de mis amigas, me dijo una tarde:

—Vamos, a ver, Emma: ¿cómo estás de amores y de dinero?

Yo me confieso sinceramente:

—Pues... muy mal, chica.

—Perfectamente. Me agrada que lo reconozcas así. De este modo la mitad del camino queda andado.

Sonrió, con una melancolía más de octubre que de este mes de agosto.

Y como presumo que las preguntas de Luisita tienen una segunda parte, la más sabrosa, indudablemente, la tomó de la barbilla y, mirándola atentamente, la digo:

—Dime qué traes en el pico. Habla...

La gentilísima compañera de placeres y fatigas se destapa.

—Verás. Tengo un viejo a la vista.

—¡Uf!

—Un viejo riquísimo. ¡Para ti!

—Gracias.

—Emma, no seas idiota.

Silencio.

A poco, cambio de improviso de parecer.

Y me entrego así:

—Vamos a ver tu viejo. Explícate.

—Tú no le conoces a él; pero él a ti, sí.

—¡Ah!

—Nos ha visto juntas hace ya algún tiempo. Y desde entonces se le ha metido en la cabeza tu figurita guapa. Yo le he dicho que tú eras una mujer muy difícil, que tenías un amante riquísimo, al que eras fiel... Y él espera, espera... ¿No crees tú, como yo, que antes no te hablara de este asunto, que ha llegado ya el momento?

Inclino la cabeza y suspiro.

—Bien. Vamos por el viejo.

—¿Ahora?

—Ahora. Antes de que cambie de opinión. Las cosas en caliente.

Es ya de noche cuando salimos a la calle.

Nos detenemos, al fin, ante el más lujoso de los cafés de la calle de Alcalá.

Una ojeada rápida y certera de Luisita, que declara, resplandeciente de alegría:

—Ahí está nuestro hombre.



Lola quiso verme desnuda.

Y me impulsa nerviosamente hacia el café.

¡La suerte está echada!

•

Dos horas después, en mi propia casa.

Mi cuerpo sobre un lecho de almohadoncillos, al pie del diván. El vlejo—sesenta años no más—, junto a mí.

—¿Has sido dichosa?

—Sí.

—¿Ves? Es la mejor de las caricias. Yo soy maestro en ella.

—Ya, ya.

Me besa en los senos, me besa en el vientre. Luego alza la cabeza y me dice.

—¿Repetimos?

Mi carne se estremece. Mis labios, llenos de temblor, murmuran:

—No... No...

Pero mi cuerpo, prisionero de la voluptuosidad, sumergido en el dulce extravío, no se le niega...



ARDE de sol. Carreras de caballos en el Hipódromo.

—¿Vamos allá?—me propuso Margarita, a quien el azar colocara en la calle de Alcalá, donde nos encontrábamos.

—Vamos allá.

Un auto. En un instante nos plantamos en el «pesaje», en medio de un público elegante, entre un desbordamiento de «toilettes» para todos los gustos, para todos los malos gustos, dijérase mejor. Abrigos lujosísimos, sombreros «milenarios» (de miles de pesetas, ¿eh?), zapatitos caprichosísimos. Daba gusto. Así me explicaba que los hombres se nos pegaran como moscas, que nos devoraran con las miradas, que nos molestaran con impúdicos contactos, y cuanto más accesible fuera el «género», con mayor audacia.

Iba a correrse el real premio cuando nosotras lle-

gamos. «Captain», del duque de Mel, se cotizaba más que el famoso «¡Agua va!», del conde de la Tartera. Pero yo no me dejé seducir por el general desvío, y aposté por «¡Agua va!» mis cinco duritos.

Salieron los caballos. Expectación. Margarita y yo nos alzamos sobre las sillas. Una valla de gente elegante detrás.

«Captain» iba delante. Y no parecía ceder terreno. ¿A que iba a perder mis cinco machacantes? Temblaba de rabia. Salté sobre la silla en un ritmo nervioso. Y en esto, una mano, lenta y segura, ascendió por mis pantorrillas.

No hice caso de semejante intrusión. ¡«Captain» y mis cinco duros tan sólo!

De pronto hay un clamor en el público. «¡Agua va!» se pone a la cabeza!

Trepidé sobre la silla, llena de alegría.

¡Corre, caballito, corre!...

La mano intrusa ascendió aún. Mis muslos, a viva piel. Apartó seda y muselina. Ascendió aún, ascendió más y más hasta llegar al tibio cobijo donde se propone anidar. Acarició, buceó...

¿Qué sucedía? ¿Otra vez «Captain» en cabeza? ¡Ah, feo animal!...

La emoción era general. Todos los ojos estaban clavados en la pista. Miles de gemelos perseguían a los caballos. Los perfumes de las mujeres se entremezclaban y se diluían en la frescura de la tarde, que caminaba hacia el ocaso.

¡Bravo, caballito mío! «¡Agua va!», delante otra vez.

Estoy frenética, contenta, roja de alegría.

La mano esperó un momento propicio para adentrarse certeramente. Hallóle al fin. Mis piernas se entreabrieron ligeramente. La caricia obstinóse, obstinóse...

Me enervó, me acongojó, me hizo cerrar los ojos, temblar dulcemente, juntar los labios, apretar a veces, en nerviosas convulsiones, a la mano intrusa...

Los caballos corrían, corrían...

«¡Agua va!» volvió a perder terreno. «Captain» obstinábase en alcanzar la victoria. ¡Iban ya casi juntos! El estirón final se aproxima. ¡Aún la victoria no se inclinaba de ningún lado!...

Y, de repente, mi caballito se impuso, se distanció y llegó a la meta en medio de una delirante ovación.

Justo, en aquel preciso momento moría de dicha. Mi cuerpo estremecíase espasmódico; de mi pecho se escapó un grito ahogado. Me llevé el pañuelo a la boca y le mordí.

¡Era doblemente dichosa! Doscientas pesetas y un instante de gloria.

Al descender de la silla miré cara a cara a mi acariciador y le espeté con un cinismo que le desconcertara:

—Muchas gracias, caballero. Es usted un verdadero artista.

Y pensando que el próximo domingo se corría el Gran Premio, le invité:

—Hasta el domingo que viene, ¿eh?

Y reí, reí, mientras Margarita me decía, algo asombrada de la absurda y para ella incomprensible escena:

—Pero, chiquilla, ¿qué te sucede? ¿Te has vuelto loca?

—¡Quiá! Es que he ganado en las dos posturas.

Incrédula e ingenua, sin comprender aún, naturalmente, Margarita exclamó:

—¡Qué cosa más rara! No es posible.

De nuevo la risa retozó en mí..



Y ahora vaya, como colofón de todo cuanto voy contando, una romántica aventura de Carnaval.

Ello sucedió en un baile de máscaras. Aun cuando yo no he sido nunca partidaria de concurrir a semejantes lugares, Margarita se había empeñado en que aquella noche fuésemos a la Comedia, donde, a más de divertirnos mucho, habríamos de encontrar muy buenas proporciones, pues concurrirían algunas de sus masculinas amistades, gente toda ella espléndida y dispendiosa. Me dejé convencer, pues andaba medianamente de fondos y estaba encaprichada con un abrigo que a toda costa deseaba adquirir, y allá fuimos Margarita y yo, cuando el baile se hallaba en todo su esplendor.

Nos vimos solicitadísimas en cuanto penetramos en la sala. Sobre todo, Margarita, que, disfrazada

de paje, exhibía la lozanía de sus incomparables muslos, tuvo una acogida verdaderamente brutal, echando mano del lenguaje de nuestros elegantes.

Pero ella rechazaba a todo el mundo, diciéndome en los apartes:

—Hay que reservarse, chica. Además que, cuanto más te resistas, mejor podrás cotizarte a última hora. Tú déjame a mí la dirección de este *affaire*.

Y en ella confié, decididamente.

A las palabras anteriores—se me olvidaba consignarlo—Margarita agregó, con ese arrobo tan suyo, al que ni hombre ni mujer podían resistir:

—Claro que, mientras tanto, tú y yo, rica mía, nos aprovecharemos...

Y el delicioso paje que era Margarita, ciñéndose a mí como un hombrecito, supo de tal modo caldear mi sangre que, medio desfallecida de deseos, acabé por decirla:

—Mira, Margarita. Vámonos de aquí. Y llévame donde quieras, pero donde estemos muy júntitas, muy juntitas, porque me has puesto...

Triunfadora, ella me sonrió, y besándome con un disimulo y un mimo verdaderamente dignos de admiración, me contestó:

—Confórmate ahora con desearme. Mañana, cuando ya nuestra bolsa esté bien llena, será otro día...

¡Y fué!

Pero esto se quedará por siempre inédito. Yo soy así de discreta. Mas, en cambio, no omitiré

detalle de lo que aquella noche sucedió, que tiene miga, mucha miga, indudablemente.

Cuando ya la atmósfera se hallaba bastante caldeada y en palcos y sala la animación estaba a punto de degenerar en erótica orgía, un antiguo amigo de Margarita se acercó a nosotras por segunda vez.

Insinuante, volvió a rogarnos:

—¿Por qué no venís a nuestro palco? ¿Esperáis a alguien?

—No—contestó Margarita.

—Pues entonces...

Margarita suspiró como si hiciera un gran sacrificio, y dijo:

—Bueno, vamos... Pero... ¡a ver cómo os portáis!...

—Ya sabes cómo somos. De lo más formal.

—Sí, sí.

En el palco había cuatro hombres y una mujer, asiduamente atendida por uno de ellos. Nuestra presencia fué acogida con inmenso regocijo. Se descorcharon dos botellas de champán y pronto Margarita halló su pareja y yo la mía, quedando de non un muchacho de unos veinte años, de abundosa cabellera negra, ojos grandes y melancólicos y un leve aire de tristeza y desasimiento de cuanto le rodeaba que le hacían interesante.

—¿Quién es ése?—pregunté a mi galán.

—¿No le conoces? Edmundo Amaranto, un poeta popularísimo. ¡Ah! Es un tipo muy interesan-

te. No es divertido, como vés, pero da postín a la reunión, decora admirablemente el palco.

Y no nos ocupamos ya del poeta, enredados en esa conversación trivial que es el zumo de todo galanteo. Palabras de doble intención, frases picarescas, contactos más o menos lascivos. Y ello siempre en *crescendo,* en *crescendo,* hasta el desbordamiento...

Corría el champán a raudales e iba en aumento nuestra intimidad. Ya los contactos sensuales eran prodigados sin discreción alguna, y nuestras bocas se juntaban en besos lujuriosos, largos y apremiantes...

Amaranto, que miraba hacia la sala, tejiendo, sin duda, sus rimas como un dios que va, desdeñoso y altivo, por encima de las humanas pasiones, volvió de pronto la vista hacia nosotros y, como despertando de un sueño, se me quedó mirando, mirando...

Pero no le hice caso, ni tampoco mi compañero, enfrascado en introducir entre mis muslos una mano codiciosa.

Yo me defendía recordando la escenita de Rosales, y dispuesta a que la intrincada caricia no llegase hasta donde se proponía. Y lo lograba fácilmente, pues a más de que no hay mujer en el mundo que sea arrollada por completo en contra de su voluntad, aquel hombre había injerido una cantidad de champán suficiente para que su cerebro y sus fuerzas desmayasen.

—Pero déjame, hombre. Ya tendrás luego tiempo de hacer lo que quieras conmigo.

—Déjame ahora... ¡Si es por ti, tonta!

—No, no. Mira: vamos a bailar este tango.

Fuimos a la sala. El tango acabó por marear a mi pareja y, cuando regresamos al palco, se sintió tan mal que quedó como amodorrado, la cabeza contra la pared, derribado en una silla.

Le contemplé un instante y, al apartar la vista del borracho, mis ojos tropezaron con los del poeta, quien, sonriendo levemente, me dijo:

—Le ha vencido usted.

—No. Yo, no. Le ha vencido el vino.

—El vino y la mujer, que son dos buenos aliados.

A partir de entonces inicióse entre el poeta y yo un diálogo que chocaba grandemente con la pueril alegría de aquella gente hundida en el desenfreno.

Amaranto se había acercado a mí y me hablaba como a una novia, circunspecto y caballeroso, sin apartar de mí sus ojos melancólicos, en los que la llama del deseo no acertara a brillar ni un solo instante.

Mientras tanto, Margarita, sobre las rodillas de su pareja, se dejaba besar los senos y acariciar lo más íntimo de su persona, lanzando suspiritos de dicha que electrizaban al acariciador.

—¿Se aburre usted aquí, Amaranto?

—Ni aquí ni en ninguna parte. Veo la vida, la

vida que pasa; la vida, que unas veces ríe y otras llora; la vida, cascabelera y banal, que agita a veces mis consonantes y los hace cristalizar en un poema, en una elegía, y también en una simple cuarteta.

—¿No le gusta a usted divertirse?

—En mí siempre hay una orgía: la orgía del ritmo.

—¿Y las mujeres?

—¿Las mujeres? Las mujeres, cuando son como usted, me encantan.

—¿Nada más?

—Y me seducen. Y me esclavizan.

Indudablemente, Amaranto había encontrado en mí una mujer digna de sus versos. A mí no me disgustaba terminar aquella noche en los brazos del poeta, aun cuando no le suponía capaz de ayudarme grandemente a comprar el abrigo anhelado, y ello me enfriaba un tanto.

Cuando llegó la hora del desfile y Margarita y la otra mujer partieron en compañía de sus respectivas conquistas, yo tendí la mano al poeta, despidiéndome:

—Adiós, señor poeta. Hasta cuando usted quiera.

Tembló su mano junto a la mía. Y balbucieron torpemente sus labios:

—¿Me permite usted que la acompañe?

—¡Oh! Ya lo creo. Con mucho gusto.

Fuimos por la calle, sin tomar vehículo alguno,

dialogando animadamente. Y al llegar a la puerta de mi casa, el poeta díjome:

—Un postrer ruego. ¡Oh! Es demasiado, quizá, lo que voy a pedir.

—Diga sin miedo.

—Mi amigo, sin su embriaguez, la hubiera poseído sin más que uno o dos billetes. ¿No es así?

—Puede...

—Yo no puedo poseerla... porque no tengo dinero.

Sonreí, sin contestar, mientras él suspiraba.

Añadió:

—Y ahí va el ruego ahora. Déjeme subir con usted... Usted se desnudará sin que yo la vea, se acostará. Y, cuando ya la oiga respirar con ese ritmo inconfundible del sueño, silenciosa, respetuosamente, ¡sin verla!, partiré. ¡Partiré después de haber escrito el soneto mejor de toda mi vida!

Aquello me sedujo tanto que acepté.

—Son artimañas de poeta—pensé—. Ya sé yo en qué acabará todo esto. Edmundo Amaranto es un hombre como los demás. En cuanto me juzgue dormida, caerá sobre mí como lobo hambriento. ¡Bah! Haremos una limosna de amor a un poeta.

Subimos silenciosos hasta el principal, que era donde yo vivía. Conduje al poeta al gabinetito contiguo a mi alcoba y, despidiéndome, irónicamente, le dije, en despedida:

—Hasta mañana, señor poeta. Buenas noches.

Penetré en mi alcoba y comencé a desnudarme,

no sin cierto recelo. Esperé largo rato, fingiendo dormir, hasta que. de pronto, oí las pisadas suaves del poeta, alejándose.

Pero... ¿era posible? ¿Es que aquél no era un hombre como los demás? Me deseaba, sin embargo. Lo leí claramente en sus ojos, en el gabinetito, al despedirme.

Me alcé de la cama, desconfiada, casi temiendo una estratagema.

¡Nadie! El poeta se había marchado verdaderamente. ¡Nadie!

Y, ante tal honradez, me prometí:

—Mañana, Amaranto, seré tuya generosamente.

Sobre la mesa del gabinetito había un papel, y en él unos versos...

